

—Frecuentemente son el producto de dos o tres personalidades. Esto no obedece al monopolio, sino a la escasez de plumas; si no fuera por las traducciones, las revistas aparecerían con regularidad de cometas. Para obrar con justicia agruparé a los plumíferos por clases: a) Los menopáusicos; la mayoría aplastante. b) Los que escriben de cuando en cuando: ejemplar casi extinto. c) Los prolíficos: unos empecinados que se aferran al número para ocultar su poca calidad. Pero la juventud es la plaga que consume a la fauna literaria. Hasta los viejos siguen siendo inmaduros. La prisa y el deseo de triunfo fácil han ocasionado infinidad de partos monstruosos. Se podría instituir un museo de fetos y abortos; hasta sobrarían ejemplares para regalar. Las naciones cultas se maravillarían de nuestros ensayos sin columna vertebral, de las novelas sin pies ni cabeza, y de los poemas que no alcanzaron el tercer mes del embarazo.

—¿Qué piensa usted de los jóvenes, de los cachorros, como se les ha llamado?

— le pregunté mientras lo imaginaba hundiéndose en el pantano de su perdición.

—Padecen los mismos defectos de los viejos, sólo que magnificados. Escritorzuelos a la última moda, engolosinados con cualquier forma que alcance un poco de éxito, pordioseros del ingenio, indigentes de todo talento. Si en Francia alguien triunfa con un ensayo sobre la inverosímil vida de las ranas, aquí cien fracasarán en el mismo tema. Si en México obtiene aplausos un soneto marxista, en adelante todos los versificadores lo tendrán por modelo. Toda regla alcanza sus excepciones; pero los justos, en este caso, no suman cinco.

El escritor anónimo se había transformado en Júpiter. Continuó lanzando rayos sobre los mortales.

—De los jóvenes, de quienes algo se espera, son los primeros en traicionar el ideal. Si algún talento poseen se apresuran a cambiarlo por un plato de lentejas. Ellos no son culpables, sino quienes devoran los bodrios, y se regocijan ante los monitos amaestrados; y la ley del mejor esfuerzo se impone fatalmente. Yo me inclino a la indulgencia con los gustos reblandecidos por la edad, pero a la juventud no la perdono.

Paul Léautaud: “Me río de las grandes obras, sólo me gusta la conversación escrita”

Son pocos los autores que frecuentan abiertamente la prosa autobiográfica, aunque todos, de manera indirecta, incurrn en ella. Es un género que muestra claramente al autor, como esos libros de cartas (generalmente recopilados después de su muerte) o diarios, e incluso ciertas entrevistas, y una de sus mayores cualidades, es la presentación y recreación, no sólo del autor, sino de toda una época.

Todo esto a manera de introducción, para comentar la reciente publicación en castellano de un libro de Paul Léautaud, hasta ahora casi desconocido en nuestro país, excepto por el magnífico ensayo de José Bianco, “El ángel de las tinieblas” (*Plural* 31-32) y por una breve selección de aforismos publicados en el suplemento cultural de *Siempre!* hace un par de años.

La importancia y fama de Léautaud obedece, principalmente, a su célebre *Journal Littéraire*, recopilación de anécdotas, chismes y opiniones, suyos y ajenos, sobre un sin fin de cuestiones, que Léautaud apunta con gracia y, a veces, genialidad.

El libro que da pie a esta reseña, *Amores** es el recuento y la narración de las experiencias del joven Léautaud entre los años de 1888 a 1892, es decir, entre sus dieciséis y veinte años — hecha a catorce años de distancia, con un maravilloso poder de evocación y una gran vivacidad.

Alguna vez Proust (remito nuevamente al lector al ensayo de Bianco) opinó que *Amours* era “lo más atroz, lo más imbécil que existe”. Sin embargo, tal opinión no es muy de tomarse en cuenta desde el momento en que, al emitirla, pesaban sobre Proust razones de tipo moral y no de juicio artístico. Y *Amores* no acepta lecturas desde otra perspectiva que no sea ésta.

Léautaud avanzó por las páginas de *Amores* mezclando fechas, nombres, sucesos y ordenándolos a capricho. Es un narrador agudo, encantador, irritante. La narración no transmite sus recuerdos de manera plana; el libro nos obliga a percibir climas, olores, un cúmulo de sensaciones que construyen una atmósfera. Pero sobre

todo, en *Amores* encontramos afecto: afecto prodigado a todos y cada uno de los personajes (y por lo tanto hacia el mismo autor —y vaya que Léautaud era una persona que se quería bien) a través de una prosa brillante, de un estilo concentrado que nos lleva párrafo a párrafo, como una conversación con un amigo. ¡Cuántas amistades se traban en las páginas de un libro!

Es imposible encontrar un momento vacío en la narración de Léautaud, un punto flojo en su relación de los hechos. Un suceso sigue a otro sin proyectar sombra ni cansancio. El libro se lee no sólo con admiración y placer, sino hasta con cierta nostalgia.

Léautaud nos remite a los grandes conversadores, ameno, espontáneo, directo. Uno de sus mejores recursos es el uso irónico de los adjetivos, que da al libro un tono de malicia y picardía, mejor dicho, de inmoralidad, que tanto irritó a Proust.

La mejor prueba de la calidad de *Amores* la da la traducción de Josep Elías, que, aún siendo floja, todavía logra transmitirnos el vigor de Léautaud. ¿Para qué más comentarios?

Rafael Vargas

Amores, Paul Léautaud. Premia Editora. Colección “La nave de los locos”. México, 1977, 90 pp.

Las huellas del lenguaje perdido

Hacer antropología siempre ha significado correr graves riesgos: estudiar un grupo humano sin recuperar más tarde su lenguaje; seguir una vocación de desarraigo arrastrando la nostalgia de un mundo perdido; seguir las huellas de otras culturas sin dejar de codificarlas con estructuras racionales que terminan por absorber y disolver su naturaleza radicalmente diferente de nuestro sustrato occidental.

Porque hacer antropología —nos recuerda Jean Duvignaud en *El lenguaje perdido*¹— es mucho más que estudiar mitos o registrar fonemas. De Morgan a Lévi-Strauss (pasando por Levy-Bruhl, Frobenius y Malinowski), el acto antropológico ha quedado sepultado bajo el peso de la costumbre

racionalista, ese involuntario reduccionismo que —no importa qué tan complejo y preciso pueda llegar a ser, como en Lévi-Strauss— revela las limitaciones de la antropología occidental: hacer antropología ha significado buscar la Forma detrás de las formas, proyectar la sombra de la costumbre cartesiana sobre el “terreno” de la práctica etnológica.

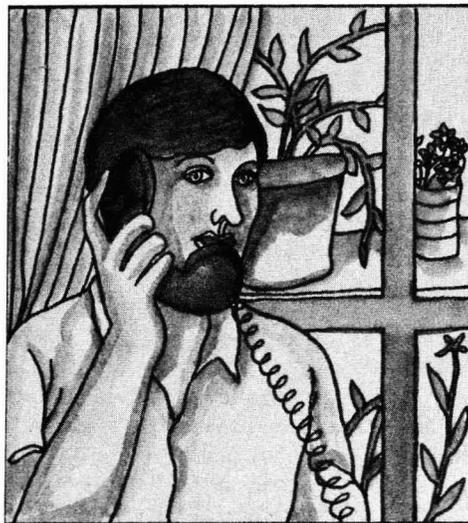
Por ello, la práctica antropológica ha olvidado recuperar el infinito “abismo del presente” en el que sin proponérselo resbala el etnólogo. Este abismo, que se define en la *diferencia*, desaparece ante la explicación o la excusa de su descubrimiento, una excusa que puede ir del evolucionismo al difusionismo y del funcionalismo al estructuralismo. Pero todas estas explicaciones no son otra cosa que ideologías, en tanto que pretenden “reducir la infinidad de lo posible” en el hombre a una visión parcial que aspira a la universalidad.

Cualquier explicación racional se contenta con explicar, sin recuperar para el “salvaje de Occidente” el lenguaje perdido que el antropólogo encontró en el “terreno” y que al volver —porque siempre vuelve— a su gabinete traicionará trazando una distinción entre razón y mito separados por lo que el escritor polaco Joseph Conrad —varios de cuyos personajes se atrevieron a cruzar²— llamó acertadamente la “línea de sombra”.

Con Morgan se inicia la ciencia antropológica, arraigada en el estudio del parentesco y de la fuerza social de la sexualidad, y en el “movimiento interno de los ajustes sincrónicos” que segregarían la temporalidad y que lo llevarían a dividir la historia de la barbarie, salvajismo y civilización.

Es Lévy-Bruhl quien por primera vez se aparta de la mentalidad eurocéntrica al afirmar la discontinuidad de los tipos de sistemas, reconociendo las categorías primitivas de lo sobrenatural y lo místico. La participación en la comunidad por medio del mito y la consubstancialidad de la palabra y la cosa nombrada (lógica con la que Joyce reconstituiría en *Ulysses* y *Finnegan's Wake* la vida en Dublín) permiten a Lévy-Bruhl interpretar la mentalidad primitiva —lo mismo que Freud logró con los estados del sueño— como jeroglíficos de los cuales el soñador y el salvaje son sólo los transmisores momentáneos.

En Frobenius predomina la determinación que ejerce no la duración cronológica sino el espacio geográfico. En esta morfología de las culturas, el pueblo nómada, dominado por la figura del animal, exalta el



espacio; este pueblo vive a ras de un suelo hostil “que nunca se habita verdaderamente”, un lugar propicio para la comunicación con los fantasmas rupestres de Altamira o de los bosquimanos: “exaltación y embriaguez del hombre por su propio ser, posesión de sí mismo y por las figuras que él se fija a sí mismo como término de su experiencia psíquica”.

En oposición a esta cultura, el pueblo dominado por la planta vive rodeado por una naturaleza productora y eternamente creadora. Al muerto no se lo quema ni se lo destroza. Quizá se lo coma, “pero se trata de ingerirlo en el cosmos familiar mismo”. En esta civilización, la palabra se apaga; no existe ninguna transmisión obligada (educación o iniciación) tan sólo “la persuasión por el ejemplo, la práctica ofrecida”.

La riqueza y la diferencia de estas culturas, cuyas formas constituyen un *lenguaje perdido* nos obligan a sumergirnos en las profundidades de la realidad humana, “donde el hombre neolítico hacía pie en el hombre moderno y le recordaba que siempre, en el comienzo, hay una acción espontánea”.

Esta apertura a las culturas diferentes, que se opone a la razón del totalitarismo, nos obliga a descubrir al *otro* y, al hacerlo, a cambiar nosotros mismos.

Cruzar la “línea de sombra” y adentrarse en el lenguaje perdido fue logrado por el joven matemático Bronislaw Malinowski —también polaco, como Conrad—, aunque, como el personaje de *Los pasos perdidos* de Carpentier, una vez alejado del “terreno” no le fue posible regresar allí para volver a

cruzar la línea, esta vez de manera definitiva. Su permanencia en las islas Trobriand y su descripción del intercambio ritual (el *kula* y el *potlatch*) comprueban que el salvaje conoce mejor que nosotros “el precio de las cosas sin precio”, en ese espacio donde lo *percedero* es un elemento esencial para la creación del precio de las cosas. Con Malinowski aprendemos que las instituciones, al fin y al cabo, son *percederas* y que son los hombres quienes, al reinventarlas en el presente, crean la cultura —y, con ella, toda una forma de vida, que en Trobriand contradice la universalidad del Edipo.

En el inmenso fresco creado por Lévi-Strauss, donde la Historia no es más que una hipótesis de trabajo y “el hombre y el mundo se convierten en espejos uno del otro”, la única manera de yuxtaponer los aspectos diacrónicos y sincrónicos es pedir al científico que tenga una conciencia neolítica, con lo cual se satisface el impulso estético de la actividad antropológica. Estético puesto que la estética siempre aparece cuando desaparece la historia y por la búsqueda —en Lévi-Strauss— de una alternativa construcción y destrucción de los modelos de estudio.

La antropología sirve así como espléndido trampolín hacia el nihilismo, apoyado en una observación que parte de una distorsión en el seno del lenguaje, donde lo significativo es igual al significativo, formulando proposiciones en una lógica topológica, a la vez elástica y discontinua, que permite finalmente reconstituir los datos como en una partitura orquestal. En este momento, “más allá de la experiencia y de toda conciencia, la naturaleza puede, con su movimiento propio e identificable en sí misma con una razón que ignora nuestra razón, privarse del hombre y del espíritu” (p. 226).

A pesar de esta compleja red de experiencias acumuladas para cumplir el proyecto antropológico de recuperar el lenguaje perdido, el hombre occidental, cegado por su lógica, permite no sólo el etnocidio sino la trasgresión de las culturas diferentes, propiciando que la frustración estalle en forma de guerrillas, como la última y desesperada respuesta al “nihilismo de la materia que corroe y ataca la comunidad”.

El antropólogo, a su vez, situado en un terreno movedizo debido a su posición de doble exilio, responde al “nihilismo de la civilización blanca, que destruye lo que toca, repitiendo en el salvaje la operación

salvaje, transformando lo perecedero en forma simbólica", correlacionando lo vivido con una lógica anónima, que piensa no a través de nosotros sino sin nosotros, y que —en los museos y en los libros— convierte a los hombres en simples momias, en símbolos metafóricos de la realidad humana.

Ante el grito de la guerrilla, ante el silencio del lenguaje perdido, ante el abismo de la diferencia antropológica, ese "abismo del presente" que nos recuerda que "no son las similitudes sino las diferencias las que se asemejan",³ el antropólogo parece estar petrificado, como un inquisitivo y fantasmal espectador de la realidad social contemporánea, transmutando la realidad en metáfora y dando una imagen a lo perecedero, como si esperara que esta imagen le indicara —tal vez en otro lenguaje— la manera de recuperar su propia sustancia.

Lauro Zavala Alvarado

¹ Jean Duvignaud: *El lenguaje perdido. Ensayo sobre la diferencia antropológica*. México, Siglo XXI Editores, 1977.

² Cf. Esp. *Heart of Darkness*, 1902.

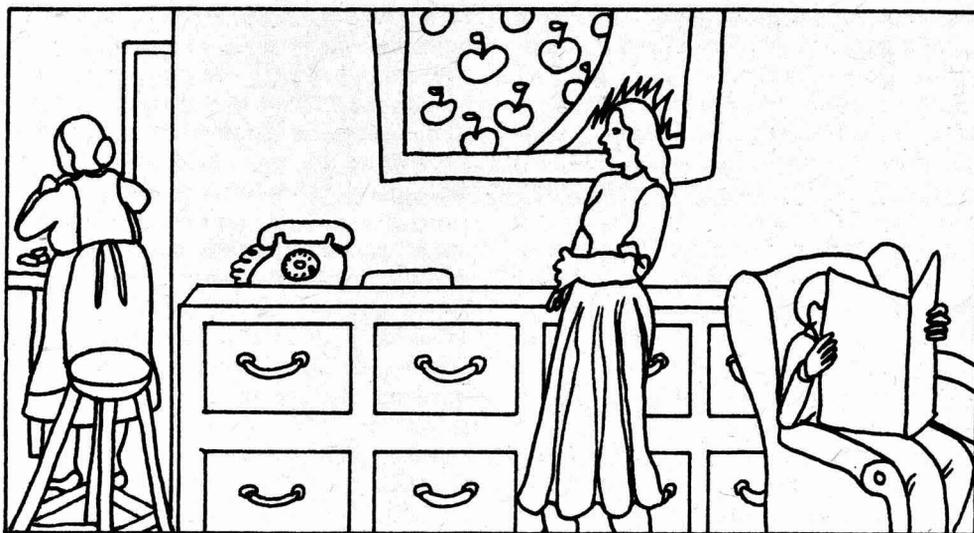
³ Claude Lévi-Strauss, *Le totémisme aujourd'hui*, París, PUF, 1962, p. 101.

La poesía hermética de Octavio Paz*

"El poema es inexpresable, no inteligible"
O. Paz (*Corriente alterna*)

Recientemente se han publicado una serie de tesis universitarias sobre la poesía de Octavio Paz (Monique Lemaitre: *Poesía y poética* UNAM, 1977; Rachell Phillips: *Las estaciones poéticas de Octavio Paz*, F.C.E., 1977) que, tal como lo señaló la mayoría de los comentaristas en México, se hallaron lejos de cumplir los objetivos que se anunciaban en las introducciones o en las solapas. Antes, una serie de críticos han ido a fondo en ciertos aspectos del trabajo de Paz si bien nunca con la largueza con la que lo hacen los universitarios. *Pity*: no suele haber relación entre la cantidad y la calidad. Así, los trabajos de Yurkievich, Sucre y los de varios colaboradores del volumen de Angel Flores (Jean Franco, Schneider, Segovia) valen, en su brevedad, más que las extensas, documentadas y aburridísimas tesis universitarias "con recomendación para ser publicada".

Bueno, por lo menos la proliferación de tesis sobre Paz tiende a nacionalizarse: El



Colegio de México publica la de Carlos H. Magis y Editorial ERA anuncia la de Jorge Aguilar Mora, libro este último que, como pocos en México, arrastra ya consigo toda una mitología acrecentada o disminuida por los corredores de universidades y editoriales, salones de clase y cafetines de moda. Está bien: Paz es, ni hablar, la figura central del mundillo público literario. Su poesía, sus ensayos, su polémica persistencia entusiasman y alientan la actividad literaria mexicana incluso (sobre todo) cuando su actitud polariza la de otros. Ahora, junto a los teóricos franceses apocalípticos que advierten la desaparición del personaje, la disolución del autor y luego la del libro, uno considera lo dramático que eso sería en un mundito como el nuestro en el que apenas se configura el borroso perfil de una literatura moderna capaz de intervenir en la configuración de una filosofía y un estado social crítico y moderno. Octavio Paz está (parece estar) más allá. Y no creo que sea el caso reprochárselo; antes bien debe reconocerse en su obra el testimonio y la evidencia de una voluntad creativa y crítica; incluso debe reconocerse en su trabajo lo que quizá tenga de esencial: lo que se piensa y lo que se hace significa más aún si se piensa sobre lo que se hace y se hace lo que se piensa. Pocos son los escritores que, en México, como Paz, han insistido en la importancia de la reflexión literaria con tal voluntad y acabamiento. Ya Sucre insistía en esto: su verdad más profunda —dice— reside en "el debate mismo". ¿Y los otros? es decir ¿nosotros?; no podemos ignorar ni olvidar ni minimizar un quehacer literario pertinaz y sostenido ya por varios

lustros, no podemos sino considerar el desarrollo de nuestras letras modernas sino a partir de él o en su contra. Es el rapsoda o el antípoda, pero siempre es el paradigma insoslayable.

El libro de Carlos H. Magis, pues, se inscribe en esa circunstancia. Se inicia con una buena panorámica de la poesía en lengua castellana en los años treinta que dura demasiado poco. De hecho dura una página. De pronto ya estamos en todo el rollo elusivo, antiséptico, renuente a separarse del cómodo salvavidas de la paráfrasis. Magis se confiesa estremecido por las "incisivas intuiciones" de *Estación violenta* (que con *Libertad bajo palabra* es el libro al que se aboca el estudio) y señala que, junto al estremecimiento, "surgió la tentación de conocer cómo pudo el poeta conjugar lucidez y hermetismo". En ese sentido "gran parte de lo que sigue no es más que el intento de exponer los resultados de un largo, repetido y siempre lleno de sorpresas ir y venir por una poesía que es 'revelación' de lo inefable. Ir y venir, deteniéndome especialmente en lo que entendí que podrían ser los factores y las vías primordiales de la especialísima conciliación de hermetismo y transparencia: preocupaciones que conmueven al poeta y mecanismos singulares del lenguaje que las revelan, codificación de elementos simbólicos y valor de sistemas como clave de significaciones esquivas en principio, relación entre el enfoque personal de aspectos temáticos y la estructura de los poemas" (p. 2).

El trabajo es largo en efecto; levantar un índice minucioso y preciso de los asuntos centrales y los medios de su expresión,